

Por lo cual deseando desvanecer en el ánimo de vuestras Eminencias y de todo cristiano católico esa sospecha vehemente concebida contra mí con razon, con un corazón sincero y una fé firme, abjuro, maldigo y detesto los susodichos errores y herejías, y generalmente todo otro error ó secta contraria á la susodicha Iglesia católica, y juro que en lo sucesivo no diré, ni afirmaré, de viva voz ó por escrito, nada que pueda autorizar contra mí semejanse sospecha; y si conociere algun hereje sospechoso de tales herejías, lo denunciaré á este Santo Oficio ó al Inquisidor ó al Ordinario del lugar en que resida.

Juro, además, y prometo cumplir y observar todas las penitencias que me fueren impuestas por este Santo Oficio; y que en caso de faltar á alguna de mis promesas, protestas ó juramentos, lo que Dios no permita, me sujetaré á todas las penas y suplicios, establecidos y promulgados por los sagrados cánones y otras constituciones contra tales delincuentes. Así Dios venga en mi auxilio y los santos Evangelios que yo toco con mis propias manos. Yo Galileo susodicho, he abjurado, jurado, prometido y me he obligado, como consta más arriba.

En fé de lo cual, de mi propio puño, he escrito el presente autógrafe de mi abjuracion, y lo he recitado palabra por palabra en Roma, en el convento de la Minerva, el 22 de junio de 1583.

Aquí yo no me siento capaz de añadir nada. ¡Pobre ciencia! El Santo Oficio se engañó, mas él fué al menos consecuente consigo mismo. Sólo aquellos que ignoran que la fé es el más necesario y el mayor de los bienes, no solamente del hombre individual, si que tambien de las sociedades humanas y que el propiarse para custodiar la fé es un accidente deplorable, pero honroso, pueden mostrarse inexorables en la materia. El pobre sabio, por el contrario, mostróse débil é inconsecuente al exceso. Es una abdicacion desesperadora.

El texto de la sentencia prueba igualmente que ella es la obra exclusiva de los diez cardenales, de los cuales nos dá los nombres, ó aun de los seis cardenales que la firmaron, y que ella no es en manera alguna un juicio dogmático de la Iglesia universal, ó del Soberano Pontífice juzgando y hablando *ex cathedra*.

APÉNDICE C.

Supuesto que en esta obra debia defender principalmente la verdad científica absoluta de los libros inspirados, yo no debia responder á las objeciones contra su autenticidad y moralidad; yo creo deber hacer una escepcion respecto del libro del *Eclesiastés*, y tengo á dicha el consignar aquí el resumen de un bello y buen libro recientemente publicado por uno de mis compatriotas.

Salomon y el Eclesiastés.—*Estudio critico sobre el texto, las doctrinas, la edad y el autor de este libro*, por el abate M. Motais, sacerdote del Oratorio de Rennes, profesor de Escritura sagrada en el gran Seminario, París, Berche y Trahin, 1876, 2 gruesos volúmenes in-8.º

El *Eclesiastés*, en hebreo *Cokeleth*, es uno de los libros del Antiguo Testamento que más han estudiado los intérpretes, tanto á causa de los preceptos de moral que dá, como por razon de las dificultades que ofrece su estilo, á la vez elevado, original y conciso. Hay algunas oscuridades en el *Eclesiastés*; ellas no existieran, si el libro fuera menos antiguo y si el autor hubiera abordado un asunto menos árduo que el gobierno de la Providencia en el mundo y los deberes morales del hombre para con ella. El racionalismo, que teme la publicidad como el error teme la luz del día, háse aprovechado de dichas oscuridades para ensayar de batir en brecha la doctrina y negar la autoridad divina de la cual ese libro ha gozado siempre entre los judíos y entre los cristianos hasta nuestros dias. El *Eclesiastés* ha sido atacado por las fuerzas combinadas del racionalismo por tres puntos á la vez.

Háse impugnado el fondo, la forma y el autor. En Alemania es donde se ha librado el combate: MM. de Rosny y Renan han querido renovarlo en Francia. Si sus esfuerzos han permanecido estériles, ellos nos han valido al menos el excelente trabajo del abate M. Motais que les refuta perentoriamente.

Algunos rabinos, según parece, suscitaron en otros tiempos algunas dudas sobre la pureza de las doctrinas del Eclesiastés; mas la Sinagoga misma tuvo el libro en el número de los escritos inspirados. Entre los cristianos, algunos herejes pretendieron haber descubierto en él algunos resabios de epicureísmo, y Teodoro de Mopuesta consideró el Eclesiastés como los *Proverbios* y *Job*, á los cuales rehusaba la inspiración. Esas voces discordantes permanecieron sin eco. San Gregorio Taumaturgo, san Gregorio de Nisa, san Efrén, san Jerónimo y Olimpiodoro defendieron la verdadera tradición, que fué universalmente seguida hasta la Reforma, y aun después, no solamente entre los católicos, sino aun entre los protestantes. Únicamente en nuestros días ha sido cuando se ha combatido formal y sistemáticamente al Eclesiastés.

Grocio abrió la vía pretendiendo que Salomon no había escrito el Coheleth; mas él no quiso llevar más adelante sus impugnaciones y sostuvo la autoridad doctrinal é inspirada del libro. Yo cedo la palabra á M. Motais, que resume así la historia de los sistemas racionalistas: «Grocio, al dispoŕer á Salomon, había declarado que el Eclesiastés debía ser colocado sobre Zorobabel. Vino Paulo, y no fué de este parecer, decidió que si Grocio había, con justo derecho, conmovido el edificio tradicional, era sin embargo demasiado radical y suponía demasiado cercano el origen del Eclesiastés; según él, fué antes del destierro cuando apareció. Schmidt, cuatro años más tarde, repetía lo mismo y fijaba la fecha del libro entre Manasés y Sedecías, bajo el pretexto de que había encontrado el hecho expresado en el capítulo VIII, 2, 10. Mas Paulo no tardó en verse singularmente aventajado. Viviendo en otra edad, él quiso dar al Eclesiastés mayor antigüedad; no había previsto que Zirkel, dos años más tarde, le mostraría claramente su ignorancia y le haría ver que en el Coheleth no sólo hay caldeísmos, sino aun helenismos, y que en lugar de suponer más antiguo el libro, era preciso rejuvenecer su fecha hasta bajo Antíoco

Epifanos. El descubrimiento era preciso, Zirkel salía victorioso. Eichhorn creyó que no debía dejarle tranquilo en su éxito y gloria. Respondióle sin empacho que él había confundido el hebreo con el griego, y que todo su sistema carecía de base. Al mismo tiempo los argumentos de Schmidt encontraban un adversario no menos decidido en Rertholdt, que no necesitó gran trabajo, dice Rosenmüller, para hacerle pronta justicia, y colocó el Eclesiastés entre Alejandro y Antíoco.

«Una opinión distinta de las demás había conseguido manifestarse durante aquel tiempo. Nachtigall, dotado de un instinto exogético ignorado de sus predecesores, había reconocido algunos trozos escritos entre Salomon y Jeremías; mas había notado también que el libro en su forma actual debía pertenecer á la época de la *Sabiduría* ó al tiempo de Filon. Esa opinión pareció asaz escéntrica á Bergst, que se propuso desacreditarla; lo cual hizo sin tardanza, el año siguiente, desde que hubo descubierto que era menester fijar el libro en la época en que Alejandro alcanzaba sus triunfos sobre los persas y judíos. Algun tiempo después vino de Vette, que dió en verdad el ejemplo de una modestia rara, contentándose, ó poco menos, con una opinión que él encontraba enteramente formada. Aproximándose al parecer de Bergst, quiso que el libro no se remontara mas allá del principio del período macedónico. Tal modestia no fué imitada por cierto por Rosenmüller, quien prefirió colocarlo entre Nehemías y Alejandro; mas Knobel dió de ella un nuevo ejemplo, adoptando la opinión de Vette. En el intervalo, Grocio, desde largo tiempo olvidado, había encontrado un defensor en la persona de Kaiser, quien, prescindiendo de todos los descubrimientos recientes, optaba, con su jefe de escuela, por la época de Zorobabel.

«Sin embargo, á Kix bel había sucedido Ewald, quien en vez de reconocer en la obra los reflejos del principio del período macedónico, encontró en ella los indicios de los últimos años de la época persa. Ewald, como siempre,

estaba cierto de tener razón. Hitzig nada creyó respecto de ello, y dejando allí á Ewald con los persas, fué á buscar en el reinado de los Tolomeos egipcios los acontecimientos á los cuales hace alusión el *Eclesiastés*. El tuvo la suerte de investigar bastante bien y de ver harto exactamente, para poder enseñar á la Alemania que fué en el año 204 cuando el *Eclesiastés* fué escrito. Bornstein rióse de ellos, y tomando por su cuenta la tesis «ingeniosa é iuauadita» del celebrérrimo Hitzig, la trató de «chanza» y combatióla sin remisión, argumento por argumento, para llegar á inferir que no es preciso remontarse muy arriba del reinado de Artajerjes Longomano, ni descender más abajo de la época de la victoria de Alejandro sobre Darío Codomano. Hengstenberg, cinco años despues, volvió á poner en pié la cuestión, y difiriendo de Bornstein, empeñóse por establecer que si se puede colocar el *Eclesiastés* bajo Ciro, no hay razón alguna para sacarlo del reinado de Jerjes.

«Hengstenberg creia haber dicho la última palabra; olvidada que vivia en Alemania, y que siempre se encuentran en ella hombres más osados que uno mismo. En realidad, varios nuevos descubrimientos fueron pronto manifiestos al mundo sabio por la publicacion de D. Luzatto, superado todavía en 1871 por el Dr. Grøtz, que se gloria sin duda de haber llevado la audacia hasta sus últimos límites. ¡Afortunado alemán! Zirkel, con sus helenismos, habíase quedado con sus vanos esfuerzos de crítica; habia obtenido un éxito risible y nada más. Hace mucho tiempo sólo se habla de ello como de un recuerdo. Mas Zirkel es vindicado, Zirkel es aventajado. El Dr. Grøtz, profesor de la Universidad de Breslau, acaba de resucitarle para hacerse de él un pedestal, puesto que Zirkel es aún un pigmeo respecto del Dr. Grøtz, que lo deja entrever y lo dice así poco más ó menos. El pobre canónigo se chancea, y muestra que si Zirkel tuvo razón de apelar á los helenismos al criticar el *Eclesiastés*, hizo mal en no ver los latinismos de los cuales el libro contiene igualmente algunos

indicios. ¡Si, latinismos! ¡Cuán pequeños son Grocio, Eichhorn, Knobel, Bernstein, Ewald y Kengestenberg con sus aramaismos! ¡Y cuán por encima está el Dr. Grøtz de todos esos miopeş de la crítica germánica! En consecuencia, fundado en estos y otros muchos tan poderosos motivos este último crítico es, como así debia ser, el más audaz de todos, y coloca resueltamente el libro hácia el tiempo de Jesucristo.»

Basta ya. Basta enanmerar todos esos sistemas arbitrarios para hacerles justicia. Si se exigiere mas, ábrase el libro; él ostenta al frente el nombre de su autor: *Palabras del Eclesiastés, hijo de David, rey de Jerusalem, ó rey de Israel en Jerusalem*, como se lee en los Setenta, lo cual es igualmente categórico. Ese hijo de David, rey de Jerusalem ó rey de Israel en Jerusalem, no es ni puede ser otro que Salomon; puesto que se dice de él mas lejos «que reinó por largo tiempo sobre todo Israel en Jerusalem.» Allí se dice que hizo algunas obras magníficas, que construyó palacios, plantó jardines y abrió canales, que acumuló el oro y la plata, que sobrepujó en grandeza y riqueza á cuantos habian vivido antes de él en Jerusalem y que su sabiduría no se resintió de ello. El abate M. Motais demuestra victoriosamente que tales palabras solo pueden referirse á Salomon, que nada hay en el libro ni en el lenguaje del libro que designe otra época. Él refuta perentoriamente cuanto el racionalismo ha imaginado en sentido contrario. El segundo volumen hállase consagrado por entero á dicho asunto.

Despues de haber desbarrado de esta suerte respecto del autor, ¿cómo hubiera el racionalismo podido respetar la doctrina? El *Eclesiastés*, ese sublime tratado que espone con tanta elocuencia la nada de las cosas humanas, el gobierno misterioso de la Providencia en el mundo, y la necesidad de la virtud en vista del juicio futuro, ha venido á ser «un tejido de contradicciones, una obra impregnada de escepticismo, de materialismo, de epicureismo,» donde «la amargura por largo tiempo contenida en el co-

razon lazerado del autor se desborda á pesar suyo á grandes raudales y sepulta sus últimas esperanzas y á su Dios.» (Leon de Rosny.)

Contra todos esos adversarios el abate M. Motais ha escrito su libro. Las exigencias de la polémica han regulado el método y la forma del mismo. Dicha obra no es un comentario seguido y estensamente desenvuelto, como el del P. Pineda y de los demás grandes comentadores; es ante todo una obra de polémica tan animada como templada, en que todas las dificultades suscitadas por el racionalismo contemporáneo sobre la doctrina y el autor del Coheleth hallanse condensadas en cierto número de capítulos, discutidas á fondo y pulverizadas con el auxilio de todos aquellos recursos de que dispone hoy la exégesis bíblica.

El autor ha dividido su obra en dos tomos. El tomo primero da en primer lugar la traducción del texto. Esa traducción reproduce fielmente el texto hebreo, y se distingue por ende, en ciertos lugares, de las traducciones ordinarias hechas sobre la Vulgata latina. Comparada con las versiones de Sacy, Carrieres y Glaire, ella la aventaja en pureza y elegancia, al paso que hace desaparecer las oscuridades de ciertos pasajes. Algunas notas filológicas muy cortas justifican la traducción y dan razon de la eleccion del autor, cuando ha debido pronunciarse entre dos interpretaciones controvertidas. Nuestros lectores podrán juzgar por sí mismos cotejando las versiones de que ellos se sirven con el principio del capítulo XII.

Hé aquí la version de M. Motais.

1. «Acuérdate de tu Criador; desde tu juventud, antes que lleguen los días malos y que se acerquen los años de los cuales dirás: no hay ya en ellos placer para mí.
2. «Antes que se oscureciere el sol, la luz, la luna y las estrellas, y que vuelvan las nubes despues de la lluvia.
3. «A la sazón en que los custodios de la casa tiemblen y se encorven los hombres robustos; que huelguen aquellas que tenían la costumbre de moler; porque ellas no

son más numerosas, y oculten su rostro aquellos que miran desde las ventanas (1).

4. «Que se cierren las puertas de la ciudad, que se debilite el sonido de la muela; que el hombre despierte al canto del ave, y enmudezcan las hijas de la armonía (2).

5. «Cuando se temen los lugares elevados, y el camino está lleno de terrores; el almendro florece; engorda la langosta y la alcaparra brota; cuando el hombre se va á la casa de su eternidad, y que los llorones le rodean sobre la plaza pública.

6. «Antes que se desprendiere el hilo de plata y se rompiere la hoja de oro; que sea quebrada la urna en la fuente y que la rueda caiga en ruinas sobre el pozo.

7. «Y que, en fin, el polvo torne á la tierra en que estaba y el espíritu á Dios que lo habia dado.

8. «Vanidad de vanidades, dice el Eclesiastés, todo no es más que vanidad.»

El abate M. Motais dá en seguida la paráfrasis del Eclesiastés, y procura con un análisis exacto mostrar el encadenamiento y la ilacion de los pensamientos. Ahí está el punto de partida de los errores del racionalismo. Comprendiendo mal la forma poética de la obra y del carácter esencialmente oriental de la poesía hebraica, los racionalistas no han sabido ver en el Coheleth más que una série de pensamientos sin unidad, sin orden y sin ilacion. Añadamos, no obstante, que no todos ellos son del mismo parecer sobre ese punto y que se refutan unos á otros. M. Motais hace aquí una observacion muy justa y que jamás debe echarse en olvido siempre que se lea el Eclesiastés, y es que el lector no encontrará en él la termino-

(1) Descripción poética del cuerpo: los guardianes son los brazos, los hombres robustos son las piernas; aquellas que solian moler son los dientes, y aquellos que miran desde la ventana los ojos situados en su órbita.

(2) El M. Glaire traduce: «que ensordecieron las hijas del canto», es decir las orejas. Es la interpretacion de san Jerónimo, censurada por Gesenio y Rosenmuller. Los intérpretes andan muy divididos sobre este punto.

logía, el método y el rigorismo de nuestra dialéctica moderna. La lengua hebrea, escesivamente pobre en partículas, no ofrece de ningún modo al escritor esa facilidad de coordinación que notamos en nuestras lenguas más formadas y analíticas. De ahí que la filosofía hebrea sea casi, tanto por necesidad como por gusto, aforística y sentenciosa. Las ideas enlázanse en ella más bien por su fondo y naturaleza que por el carácter exterior que revisten. Por no haber examinado esta circunstancia, ciertos autores racionalistas no han podido comprender el encadenamiento de los pensamientos del Eclesiastés. Este encadenamiento es á veces difícil de descubrir. Puede titubearse en muchos puntos, puede concebirse de un modo distinto; mas este encadenamiento existe. Nosotros creamos aún que no deben exceptuarse de él los primeros versículos del capítulo V, sobre los cuales M. Motais vacila.

Háase atacado la doctrina del Eclesiastés. En ella se han visto el fatalismo y el epicureismo. M. Rosny ha encontrado allí el escepticismo, MM. Renan y Derembourg el materialismo. Estos últimos han osado aun aventurar esa opinion en la Academia de inscripciones y buenas-letras. Ellos fueron precedidos en Alemania por M. Noeldeke, que no era más que el eco de Schmidt y de Angusti. Segun ellos todos los materialistas, los únicos que están versados en exégesis, hallanse contestes en afirmar que el Eclesiastés niega la inmortalidad del alma, y pretenden que el Coheleth no es otra cosa que un materialista. Es necesario que así sea. Y desde luego, Le Clerc, que no era católico, y Desvaux, que lo es todavía menos, no serán muy del parecer de los dos académicos franceses; puesto que, segun el primero, el Coheleth es una refutación del materialismo, y, al decir del segundo, es una demostración de la inmortalidad del alma. Es, pues, la antítesis de los señores Renan y Derembourg.

Mas, ¿acaso el Eclesiastés niega en alguna parte la inmor-

talidad del alma? M. Motais responde con valentia y denuedo; no; y basa su respuesta sobre dos pruebas sin réplica. Muestra que los adversarios para sostener su afirmación, deben violentar el texto, elegir algunas frases truncadas, separarlas de lo que precede y de lo que sigue, y darles un sentido discordante, no sólo con el texto de las mismas, sino aun con el conjunto del libro. Con ese procedimiento, que dá al traste con todas las reglas de la exégesis, pueden siempre que se quiere, así lo observa un grande escritor, hacer decir á no importa qué autor todos los disparates imaginables.

El Eclesiastés escribe, capítulo III, 19: *Los hombres están expuestos á los golpes de la suerte lo mismo que una bestia: ambos tienen el mismo destino: de igual modo que el uno muere, la otra tambien: un mismo soplo les anima. El hombre no tiene ventaja alguna sobre la bestia; ambos son vanidad; ambos van al mismo lugar; los dos salieron del polvo y vuelven al polvo.* Hé aqui, segun se dice, el materialismo: no hay diferencia alguna entre el hombre y la bestia; ambos tienen igual destino, una misma suerte los aguarda... el polvo, la nada. ¿Qué puede haber de más claro? Pues bien. Nada es más falso que esa conclusion. El abate Motais la establece perentoriamente. En primer lugar, él observa que el hombre, teniendo como la bestia una vida animal, lo que puede decirse sobre este particular del uno, puede decirse del otro. Y de hecho, es cierto que bajo ese supuesto «la suerte de ambos es la misma.» Es cierto que «el uno muere como el otro.» Cierto es todavía, bajo ese punto de vista, «que un mismo soplo les anima.» Que el «hombre animal no lleva ventaja alguna sobre la bestia, que ambos salieron del polvo y vuelven al polvo.» El Coheleth ¿ha querido por ventura expresar este sentido limitado? Nada en el texto hebreo indica lo contrario. Así las palabras como el parangon revelan que el autor se ocupó y trató de la vida terrestre, no de la vida de ultra-tumba. La elación de los pensamientos corrobora esa manera de ver y nos dá este sentido: *La suerte del*

hombre es la misma que la de la bestia en el concepto de que ambos mueren. Mas el contexto es, sobre todo, decisivo; el Eclesiastés, en efecto, despues de haber dicho que el hombre y la bestia vuelven igualmente al polvo, añade inmediatamente: *¿Quién vé el espíritu del hombre, el cual sube hácia el cielo, y el espíritu de la bestia, el cual descende hácia la tierra?* Nosotros seguimos el texto masorético; la Vulgata difiere un poco.

Empero, cualesquiera que sean las divergencias, es imposible ver en ello otra cosa que la condenación del materialismo. El abate Motais lo demuestra perentoriamente con el versículo 7, del capítulo XII, que expresa el mismo pensamiento: *Acuérdate del Criador antes que el polvo vuelva á la tierra donde él estaba, y el espíritu á Dios que lo ha dado.* Por otra parte, como un autor que enseña que *la sabiduría aventaja á la insensates tanto como la luz á las tinieblas, que habrá una recompensa, más ordinariamente no en este mundo para aquellos que temen á Dios, y que se reasume diciendo: Temed á Dios, y guardad sus mandamientos, porque aquí está todo el hombre. Porque toda obra, aun la más oculta, buena ó mala, Dios la llamará á juicio.* ¿Como, repito, un tal autor pudiera enseñar el materialismo sin incurrir en la más monstruosa contradicción? Eso es lo que el abate Motais desenvuelve con una gran fuerza de razonamiento. Acaso se le encuentre un poco largo, pero jamás sin interés. Él robustece todos sus argumentos con la exposicion de la doctrina de los hebreos y del Eclesiastés sobre el *scheol* ó lugar de las almas despues de la muerte.

Las demás acusaciones del racionalismo son refutadas de la misma manera. El segundo volumen se halla, como hemos dicho, consagrado enteramente á establecer que Salomon es el autor del Coheleth y que éste compuso dicha obra hácia el fin de su vida. Los ataques del racionalismo han obligado á Mr. Motais á hacer un estudio tan interesante como detenido del reinado de Salomon. No se leerá sin provecho. Los límites de este bosquejo

sólo nos permiten indicarlo. Nosotros no podemos descender á una crítica de detalle. Mas este breve resumen muestra suficientemente que el libro de Mr. Motais vá dirigido á los amantes de los estudios profundos y serios. Su Eminentísima el cardenal de Rennes ha dicho con gran justicia en su aprobacion: «Esta obra, que recuerda los grandes tratados de las edades teológicas, esclarece y vindica plenamente el sagrado libro de los ataques, á menudo repetidos, de los exegetas racionalistas, y arroja una luz esplendorosa y nueva sobre el reinado de Salomon y su época.» Añádese que el libro de M. Motais, así por la solidez del fondo como por la belleza de la forma, háse conquistado un puesto entre los mejores tratados de exégesis que la Francia nos ha suministrado en estos últimos tiempos.—T. L.

(*Revista de la Enseñanza cristiana.*)